

—Sólo una vez. No quise que fuera mi amante aquel bribón.

—¿Y continuó en tu casa?

—Ya lo creo. ¿Había motivo para despedirle? Sin una queja fundada...

—¿Y sigue adorándote siempre?

—Ahora verás.

La baronesita oprimió el botón del timbre. Abrióse la puerta y entró un criado, buen mozo, que olía mucho á colonia.

La baronesa le dijo:

—Siento un mareo; dí á la doncella que no tarde.

El hombre quedóse inmóvil como un soldado en presencia de un jefe, clavando una mirada encendida en el rostro de la señora. Ésta prosiguió como si nada notase:

—De prisa, estúpido; ahora no estamos en el bosque y la doncella me atenderá mejor que tú.

El criado se fué.

La condesita preguntó, algo turbada:

—¿Y qué dirás á la doncella?

—Que ya pasó... ¡Bah! La diré que me desabroche. Bien lo necesito... Me cuesta mucho respirar... Estoy borracha... Completamente borracha... No podría tenerme...



LA HOSPEDERIA

SEMEJANTE á todos los mesones de madera construídos en los Altos Alpes, junto á los ventisqueros, en esos pasadizos roqueños y pelados que separan unas de otras las nevadas cumbres, la hospedería de Schwarenbach, sirve de refugio á los viajeros que siguen el camino de la Gemmi.

Está durante seis meses abierta y habitada por la familia de Juan Hauser; después, al amontonarse las nieves en el valle, cubriéndolo y cerrando la salida por Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos, emigran, y guardan la casa los dos guías; con el viejo Gaspar Hari quedábase aquel invierno el joven Ulrico Hunzi; los acompañaba Sam, un pebrero montañés.

Los dos hombres y la bestia permanecen hasta el mes de Abril en su cárcel de nieve, teniendo ante sus ojos la inmensa y blanca pendiente del Balm-

horn, rodeados por las cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, enterrados bajo la nieve, que sube sin cesar en torno suyo, envolviéndolos, oprimiéndolos; que sumerge la hospedería, que se amontona en el tejado, que ciega las ventanas, que abarrota la puerta.

Era el día en que los Hauser marchaban, de regreso hacia Loèche. Llegando ya el invierno, hacía-se peligrosa la bajada.

Tres mulas fueron delante, cargadas con los baules de ropa y los enseres, conducidas por los tres hijos. Luego Juana—la madre—y su hija Luisa, montando en otra mula, se pusieron en camino.

El padre iba detrás con los dos guardas, que los acompañarían hasta el arranque de la pendiente.

Bordearon la helada laguna que se forma en el hueco rocoso, frente á la hospedería, luego siguieron á través del valle, blanco y tendido como una sábana, rodeado por las cumbres cubiertas de nieve.

Inundaba el sol aquel desierto blanco, resplandeciente y helado, con fulgores deslumbrantes y fríos. Ninguna vida en aquel océano de montañas; ningún movimiento en aquella inmensurable soledad, ningún ruido en aquel silencio profundo.

Poco á poco, el guía joven, Ulrico Hunzi, un sui-

zo buen mozo y con las piernas muy largas, dejó atrás al padre, Juan Hauser, y al viejo Gaspar Hari, alcanzando la mula donde cabalgaban las dos mujeres.

La hija le vió acercarse, como si le atrajeran sus ojos tristes. Era una mocita lugareña, rubia, cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos, parecían doscoloridos por las temporadas de permanencia entre nieves.

Al llegar el mozo, apoyó una mano en la grupa de la bestia. La madre dirigióse á él enumerándole con infinitas minucias todos los cuidados que debía tener en la invernada. El mozo era novato en aquel trajín, conocido ya de sobra por el viejo Hari en catorce años de invernar bajo las nieves que rodean y cubren la hospedería de Schwarenbach.

Ulrico Hunzi escuchaba, sin enterarse mucho al parecer, y mirando sin cesar á la mozuela. De cuando en cuando, repetía: «Está bien, señora; está bien.» Pero su pensamiento estaba embargado por otras atenciones y su tranquilo rostro permanecía impassible.

Iban acercándose á la orilla del lago de Daube, cuya helada superficie, tersa como un cristal, extiéndose por la parte baja del valle. A la derecha, el Daubenhorn asoma sus peñascos negros, cortados

á pico sobre los enormes declives del ventisquero de Loemmern que domina el Wildstrubel.

Próximos á la garganta de la Gemmi, donde principia la pendiente, bajando hasta Loèche, descubrieron de pronto el magnífico panorama de los Alpes Valeses, al otro extremo del profundo y anchuroso valle del Ródano, extendido á sus pies.

Era una muchedumbre lejana de cumbres desiguales y blanquísimas, achatadas ó puntiagudas, resplandeciendo á los rayos del sol; mostrábanse ufanos y erguidos, el Mischabel con sus dos cuernos, la mole dominadora del Wissehorn, el pesado Brunnegghorn, la pirámide altiva y temible del Cerval, que hace tantas víctimas, y el Colmillo Blanco, ese monstruo sutil.

Después, abajo, en una profundidad inmensa, en un abismo espantoso, descubrieron Loèche, cuyas casas parecían granos de arena lanzados en aquel hueco enorme que limita la Gemmi, y á lo lejos, del otro lado, el Ródano bordea.

Detúvose la mula en el sendero que avanza, serpenteando sin cesar, apareciendo y ocultándose, fantástico y maravilloso, por la escarpada pendiente, hasta el pueblecito apenas visible, allá en el fondo. Se apearon las dos mujeres, obligadas á pisar nieve.

Los dos viejos las alcanzaban ya.

—¡Vaya!—dijo el padre Juan Hauser—. ¡Adiós! ¡Ánimo, y hasta la primavera! ¡Salud, amigos!

El viejo Hari repitió:

—¡Hasta la primavera!

Y se abrazaron. Después, la madre y la hija le ofrecieron sus frentes para que las besara.

El joven, al despedirse de igual modo, murmuró al oído de Luisa:

—No se olvide nunca de los ausentes.

Y Luisa, con palabras apenas perceptibles, que adivinara el mozo sin oirlas, respondióle:

—No me olvidaré.

—¡Adiós, amigos!—repitió Juan Hauser.

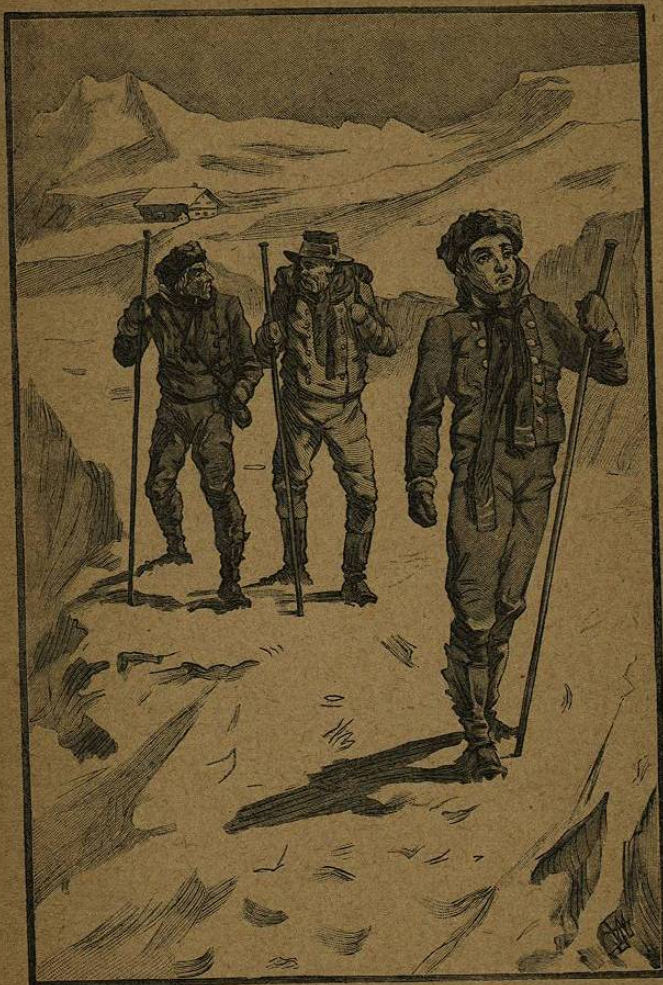
Y, adelanándose á las mujeres, comenzó á bajar por la pendiente.

Pronto desaparecieron los tres en la primera revuelta del camino.

Los dos guardas regresaron á la hospedería de Schwarenbach.

—Iban despacio, juntos, en silencio. Ya estaban solos; no verían á nadie ya en cinco meses.

Gaspar comenzó luego á referir su vida en la última invernada. Habíase quedado en la hospedería con Miguel Canol, ya muy achacoso para tales empeños; porque puede sobrevenir un accidente

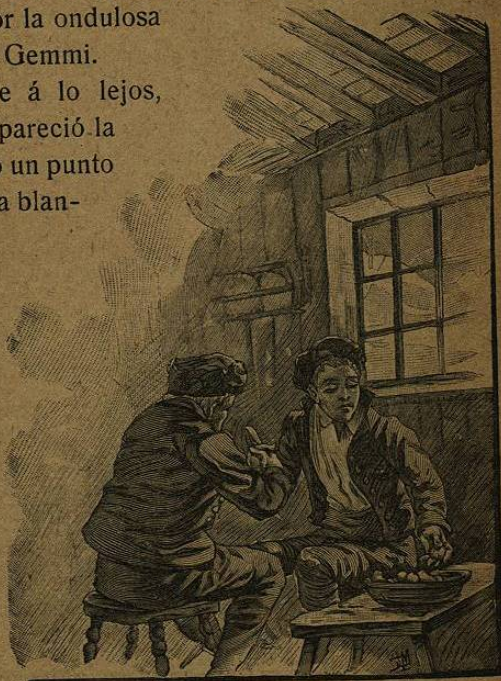


cualquiera en tan prolongada soledad, en tan absoluto aislamiento. No se habían aburrido, sin embargo; todo estribaba en tomar bien la embocadura desde un principio, y acababan por inventarse distracciones, pasatiempos agradables.

Ulrico le oía, con los ojos bajos; y acompañaba su imaginación á los viajeros que descendían hacia el pueblecillo por la ondulosa pendiente de la Gemmi.

Apenas visible á lo lejos, pronto se les apareció la hospedería como un punto negro sobre tanta blancura; pequeña, insignificante, al pie de la gigantesca ola de nieve.

Cuando abrieron la puerta, Sam, el perro montañés, comenzó á saltar en torno suyo, acariciándolos:



—Muchacho—dijo el viejo Gaspar—, como no tenemos aquí mujeres que guisen, vamos á disponer la comida. Monda patatas.

Y sentándose cada uno en su banquetta, prepararon la sopa.

La mañana siguiente se le hizo interminable al mozo; y mientras el viejo fumaba y escupía tranquilamente, Ulrico asomóse á la ventana, contemplando la inmensa mole de nieve, única distracción para sus ojos.

Salió por la tarde, buscando en el camino las huellas de las mulas que se llevó á las dos mujeres. Habiendo llegado á la garganta de la Gemmi, tumbóse, y agarrándose con las manos á la orilla, sacó la cabeza sobre aquel abismo, con los ojos clavados en el fondo.

El pueblo no estaba invadido aún por la nieve, ya próxima, pero detenida en los pinares que le cercan y le dan abrigo. Sus casas, vistas desde lo alto, parecían baldosas en el centro de una pradera.

La hija de los Hauser hallábase aposentada en una de aquellas viviendas grises. ¿En cuál? Ulrico Hunzi no podía precisarlo á tan enorme distancia. ¡Con qué gusto hubiera bajado antes de que borrase la nieve todos los caminos!

El sol acababa de ocultarse trasponiendo la

cumbre de Wildstrubel; Ulrico volvió á la hospedería. El viejo Hari fumaba, y al ver llegar á su compañero le propuso una partida de naipes. Sentáronse uno frente á otro, con la mesa entre los dos.

Jugaban á la brisca, y duró mucho el juego. Después de cenar se acostaron.

Los días consecutivos eran semejantes al primero: claros y fríos; no nevaba. Gaspar entreteníase acechando á las águilas y á los pocos pájaros que se atrevían á cruzar aquellas glaciales alturas, mientras Ulrico llegaba diariamente á la garganta de la Gemmi para contemplar el pueblo. Luego jugaban á los naipes, á los dados ó al dominó, cruzando alguna pequeña ganancia para que tuviese interés la partida.

Una mañana, levantándose Hari antes que su joven compañero, le llamó. Como nube movediza, ligera y abrumadora, caía la nevada, sin ruido, sumergiéndolos poco á poco en un oleaje de blanca espuma. Duró cuatro días y cuatro noches. Fué preciso despejar la puerta y las ventanas, abrir un pasadizo y hacer escalones en aquella masa que se puso en doce horas, helándose, más dura que las peñas de los derrumbaderos.

En adelante los dos guardas vivieron como cau-

tivos, no aventurándose mucho á salir de su guarida. Habíanse repartido los trabajos, en que se ocupaban los dos puntualmente. Ulrico Hunzi encargóse de la limpieza, de lavar la ropa, de fregar los platos, de asear las habitaciones; también era obligación suya partir leña. El viejo Gaspar guisaba y encendía lumbre. Sus ocupaciones mecánicas y monótonas dejaban lugar á partidas interminables de naipes, de dominó, de dados. Nunca disputaban, siendo el uno y el otro de carácter pacífico y bondadoso. Nunca tenían impaciencias, ni mal talante, ni palabras duras, hallándose resignados á sobrellevar tranquilamente las angustias de la invernada en aquellas cumbres.

Algunas veces, Gaspar Hari, cogiendo su escopeta, salía en busca de rebecos, y mataba uno de cuando en cuando. Entonces la hospedería de Schwarenbach alegrábase con un festín de carne fresca.

Una mañana salió á cazar. El termómetro, á la intemperie, marcaba 18 grados bajo cero. No había salido aún el sol, y el viejo esperaba sorprender á la res en los contornos del Wildstrubel.

Ulrico estuvo hasta las diez en la cama. Era muy dormilón; pero tenía costumbre de levantarse á la misma hora que Gaspar, no atreviéndose á des-

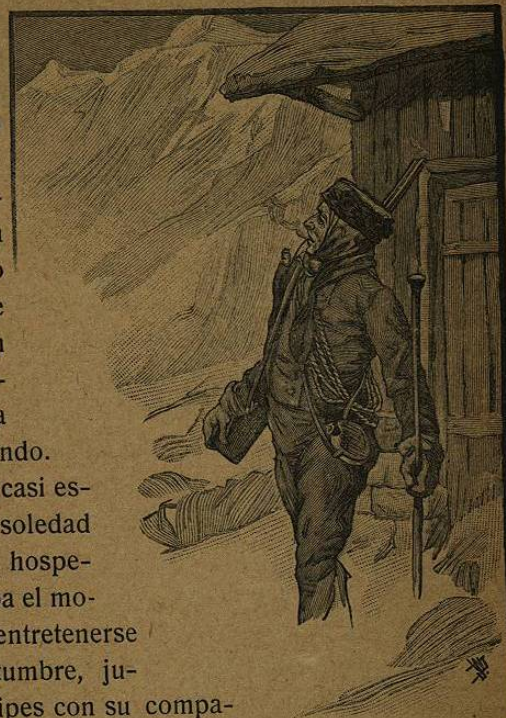
cubrir su morra en presencia del viejq, siempre activo y madrugador.

Almorzó tranquilamente con Sam, el perro montañés, que pasaba también los días y las noches junto á la lumbre, durmiendo.

Entristecido, casi espantado en la soledad inmensa de la hospedería, lamentaba el mozo no poder entretenerse como de costumbre, jugando á los naipes con su compañero.

Y con el ansia que deja un deseo invencible que no se logra, no acertando con distracción alguna para matar el tiempo, salió al camino por donde volvería Gaspar antes de anocheecer.

La nieve había sumergido ya en su blancura todo



el valle; rellenoando los huecos y cubriendo los dos lagos, formaba entre las cumbres gigantescas, una sola concavidad, lisa, cegadora y helada.

Cerca de un mes había pasado sin que Ulrico se asomase al abismo, desde cuyo borde contemplaba el pueblo. Y pensó darse aquel gusto antes de trepar en los repechos que le separaban de Wildstrubel. También Loëche yacía bajo la nieve, y no era posible descubrir sus viviendas, revestidas con un velo pálido.

Luego, dirigiéndose hacia la derecha, llegóse al ventisquero de Lœmmern. Avanzaba presuroso, infatigable, clavando en la nieve, dura como la roca, la férrea punta de su largo bastón. Sus ojos penetrantes, buscaban sobre aquella sábana inmensa un punto negro y movable.

Detúvose á la orilla del ventisquero, dudando que Gaspar hubiese tomado aquella dirección, y bordeaba los precipicios, cada vez más presuroso, impacientándose.

Al declinar el sol, daba un tinte sonrosado á las nieves. Un viento glacial, con bruscos alardes, pulimentaba la superficie cristalina. El mozo gritó; su grito fué un llamamiento agudo, vibrante, prolongado. La voz desvaneciése, perdida en el silencio de muerte que invadía las montañas; corrió á lo

lejos, entre las ondulaciones de la espuma helada, como el chillido penetrante de una gaviota sobre la superficie del mar; apagóse, y no hubo respuesta.

Entonces, Ulrico prosiguió su marcha. El sol, trasponiendo las cumbres, oculto, arbolaba con sus últimos fulgores el cielo; pero el valle ya estaba sombrío, gris. Y el mozo, sintió miedo. Parecióle que la soledad, el silencio, la negrura, el frío, la muerte invernal de aquellos montes, infiltrados en su corazón, paralizaban su vida, helando su sangre y entumeciendo sus músculos, convirtiéndole al fin en un ser inmóvil y helado. Corrió, huyó hacia la hospedería. Sin duda el viejo había regresado. Sin duda estuvo cazando en otros parajes, y se hallaba ya sentado á la lumbre, teniendo á sus pies un rebeco.

Pronto vislumbró la hospedería; pero no arrojaba humo la chimenea. Corriendo, para llegar lo antes posible, apresuróse. Al abrir la puerta, el perro montañés le hizo muchos halagos. Pero Gaspar Hari no había vuelto aún.

Sobrecogido, Hunzi, miraba y remiraba, como si pudiera descubrir á su compañero agazapado en un rincón. Después encendió lumbre y dispuso la comida, esperando á cada instante que llegara el viejo.

De cuando en cuando, abría la puerta, deseoso de oírle, de ver que se acercaba. Era de noche. Había